

porque no hallasen otro medio mas propio para sofocar las facciones, tan peligrosas en aquellas circunstancias, que el de coronar á un descendiente de sus antiguos reyes. Pero, á fin de llevar las riendas en un gobierno tan agitado, y en una situacion tan critica y arriesgada, se nombró por regente del reino al célebre Huniades, alegrándose todos de que se hubiese conservado para salvar la patria y conservar la Religion. No se necesitó menos que este grande hombre para preservarlas de una ruina total, durante un interregno de mas de seis años, causado por la obstinacion del emperador Federico en no querer separar de su lado al jóven Ladislao su sobrino. En este tiempo tuvo que combatir el regente, ya contra el emperador, y ya contra los turcos, portándose de tal modo contra estos últimos, así cuando los vencía como cuando quedaba vencido de ellos, que nunca perdió la gran fuerza de alma de que estaba dotado, y hasta en sus mismas derrotas se hizo temible á los infieles. Los polacos, despues de haberse obstinado en poner en duda la muerte del rey Uladislao, eligieron últimamente por sucesor suyo al duque de Lituania, el cual rehusó al principio la corona; pero la aceptó luego que fué elegido segunda vez, y al recibir la diadema tomó el nombre de Casimiro IV, á 26 de junio de 1447 (1).

Por este mismo tiempo murió el emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, segundo de este nombre, cuya muerte fijan los historiadores griegos y latinos en épocas que varían considerablemente (2). Todos sin embargo convienen en el estado deplorable en que quedaba su imperio, por el poder formidable de los turcos, por la suma debilidad de los griegos, y en espe-

(1) Crom. l. 22.

(2) Nauv. Génér. 55, p. 470.

cial por las contiendas políticas y religiosas que tenían divididos á estos últimos. De los cuatro hermanos del emperador, el cual murió sin dejar sucesion, Constantino y Demetrio, eran los dos mayores; este último seguía obstinado en el cisma, el otro era amante de la union; pero aun estaban mucho mas divididos con motivo de sus pretensiones al trono. Al fin triunfó Constantino por medio del sultán que fué elegido por árbitro, y que disponiendo así del imperio, parecia hacer alarde del poder absoluto que muy en breve ejercería en él su hijo y sucesor.

El emperador de Occidente no perdía de vista la paz de la Iglesia, y continuaba con la idea de congregar un nuevo concilio, sin embargo de que este pensamiento no merecía la aprobacion de Eugenio. Siguiendo cada uno con bastante moderacion su empeño particular, sobrevino un suceso que al parecer debía enredarlo todo, y fué no obstante el medio mas seguro para salir de este laberinto. Habiendo depuesto el Papa á los arzobispos de Tréveris y Colonia como fautores muy apasionados del antipapa Felix, los otros electores del imperio, reunidos en Francfort, convinieron entre sí en que si Eugenio no anulaba esta deposicion, se adherirían ellos á la que habia hecho del mismo Eugenio el concilio de Basilea. Inmediatamente enviaron diputados al emperador (1) para declararle esta resolucion y suplicarle que la sostuviese. La reprobó Federico muy á las claras, tratándola de infamia y de impía, como dirigida á suponer que dependía de un interés particular el estado y la autoridad del Vicario de Jesucristo; pero envió á Eneas Silvio, secretario entonces del emperador, á fin de hacer presente al Papa cuánto le importaba no indisponer los ánimos en unas circunstancias tan criticas. Eugenio, que tenia una penetracion

(1) Eneas Sylv. Comm. l. 1; Antonin. tit. 22, n. 11.

esquisita para gobernarse en estas ocasiones decisivas, no vaciló en ejecutar lo que se le pedia, y envió á los príncipes alemanes los legados Tomás de Sarzana, que era ya obispo de Bolonia, y Juan de Carvajal, español dotado de gran prudencia (1446).

El conciliábulo de Basilea, disuelto casi enteramente por la muerte y la desercion diaria de algunos de sus individuos, quiso todavía aparentar que influía en lo que se iba á resolver. Aquellos obispos, mejor diré, aquellos clérigos, que habian desechado con tanto orgullo todos los proyectos de abrogacion y de traslacion de su asamblea, cuando se les propusieron con toda moderacion por el Papa ó por el emperador, se mostraron en fin pacíficos y modestos á causa del descrédito en que habian incurrido y de la veneracion que se escitaba en todos los corazones á favor del Pontífice legitimo, y declararon por decreto formal que no habia otro medio mas á propósito que un nuevo concilio para terminar el cisma, y que trasladarian el suyo al lugar que indicasen el emperador y los príncipes del imperio: despues de lo cual enviaron á su gefe el cardenal de Arlés á la nueva dieta en que habian de presentarse los legados de Eugenio. Por consejo de Eneas Silvio y de los demas ministros del emperador se propusieron en ella algunas peticiones, mediante cuya concesion debían dar fin á su neutralidad las iglesias de Alemania, y obedecer al Papa Eugenio como al único Sumo Pontífice. Quedó concluido el asunto á principios del año siguiente por los embajadores que enviaron á Roma el emperador y los príncipes; pero desde aquel decreto condicional pareció tan seguro el buen éxito, que en recompensa creó el Papa cardenales á sus legados, estando todavía ausentes, y les envió el capelo antes de que regresasen á Roma. Era ya tiempo de elevar al cardenalato á Tomás de Sarzana si el su-

cesor de Eugenio habia de ser individuo del Sacro Colegio; pues solo quedaban algunos meses de vida á este Pontífice, el cual poco despues de esta promocion cayó en la enfermedad que le llevó al sepulcro.

Colocó tambien Eugenio en el candelero á una de las mas brillantes antorchas de este siglo; pero tan cuidadosa de ocultar su resplandor con los piadosos artificios de la modestia, que apenas pudieron fijarse en ella los ojos que la estaban mirando continuamente. Hacia nueve meses que estaba vacante la Silla de Florencia, á pesar de los muchos competidores que aspiraban á un arzobispado de tan pingües rentas, sostenidos unos por los vecinos de aquella ciudad y otros por las intrigas de la corte de Roma (1). Pero Eugenio queria un obispo como se le habian pedido los florentinos, esto es, un prelado docto, santo, experimentado y aun natural de Florencia, para que conociese mejor las costumbres y se granjease el afecto del pueblo á quien habia de dirigir. Era tanto lo que deseaba el Papa condescender con unas súplicas tan piadosas, especialmente tratándose de una ciudad que le habia manifestado siempre el mayor afecto, que en medio de tantos negocios importantes, los cuales debían ocuparle enteramente, parecia que era este el único en que se empleaba. Estando un día en conversacion con un fraile dominico, pintor inteligente y gracioso, le dijo que el arzobispado de Florencia le daba mas que hacer que la Iglesia entera. «Me piden un santo, un hombre discreto, un sábio, y además quieren que sea florentino; ¿dónde he de hallar yo esta maravilla? Nueve meses há que me quita el sueño esta peticion.»

«Por cierto, replicó el fraile, que es un asunto muy difícil: todo eso lo encontrareis en nuestro P. Antonino.»

(1) Baill. t. 2, p. 183.

Al oír este nombre, quedó Eugenio como aquel á quien se quita la venda que no dejaba llegar la luz á sus ojos. Se enfadó consigo mismo, y como que se avergonzó de haber necesitado de otro para ver un mérito que le era tan personalmente conocido. Le propuso, pues, sin perder un momento, y la diócesis le aceptó unánimemente con el mayor respeto y alegría. Tenia entonces Antonino cincuenta y cinco años; habia entrado en la órden de Santo Domingo á los diez y seis, y habia gobernado muchos de sus monasterios en casi todas las ciudades principales de Italia, que á su vez le emplearon en negociaciones muy espinosas. En todas partes y en todos los cargos que desempeñó, dejó el mas alto concepto de su santidad, de su doctrina y de su habilidad en el gobierno monástico y en el manejo de los asuntos mas graves. Pero si toda su modestia no fué capaz de eclipsar unos talentos tan brillantes, tampoco se deslumbró jamás su modestia con esta gran brillantez. Invariable en el santo horror con que miraba las dignidades eclesiásticas, única señal irrecusable de la verdadera santidad, resolvió firmemente no aceptar el obispado. Recibió la noticia de su nombramiento estando de vuelta para Nápoles con su sobrino y un fraile de su órden, despues de haber visitado un monasterio. Alejándose inmediatamente del camino de aquella gran ciudad, donde su mucha fama no le permitiria estar sin ser conocido, corrió á toda prisa hácia la orilla del mar con el objeto de pasar á Cerdeña y de permanecer oculto durante su vida entre aquellos isleños semi-bárbaros; pero prestando sus compañeros la obediencia debida al Vicario de Jesucristo, se opusieron absolutamente á que se embarcase el santo, y aun usaron de una especie de violencia para llevarle hasta Sena. Allí resistió invenciblemente á todos los medios de que se valió la persuasión, y á todas las súplicas;

y fué necesaria una órden formal del Sumo Pontífice, el cual le envió al mismo tiempo sus bulas gratuitamente, con prohibicion rigurosa de perder un solo instante en trasladarse á su iglesia, de la que tomó posesion despues de muchos lamentos y lágrimas, siendo por el contrario casi desmedida la alegría que mostró su pueblo (1446).

Hallándose Eugenio IV muy próximo al término de su carrera, quiso tambien dar á San Nicolás de Tolentino (1), al menos despues de su muerte, la celebridad de que habia huído constantemente durante su vida esta antorcha brillante del órden de los ermitaños de San Agustin. Hacia ya mas de un siglo que este hombre admirable, fruto de bendicion concedido á los ruegos de unos padres estériles, regla viva y constante modelo de una órden fervorosa, objeto de la edificacion y de la admiracion pública en cuantas partes se dejó ver; hacia, vuelvo á decir, ciento y cuarenta años que habia muerto con la reputacion de un santo, y aun de un taumaturgo, sin que se pensase en sacarle de las sombras del sepulcro, adonde habia pasado desde la oscuridad del claustro, poco diferente para él de la sepultura. Pero el Señor se complace con particularidad en glorificar á aquellos santos que mas se humillaron y despreciaron á sí mismos; y arreglándose á estos designios el Vicario de Jesucristo, colocó con gran solemnidad al humilde Nicolás en el número de los escogidos dignos de la imitacion y de la veneracion pública. Despues de la muerte del Santo, se habian obrado continuamente en su sepulcro milagros aun mas asombrosos y en mayor número que los que hizo durante su vida.

Los ministros de paz, que debian restablecer la armonia perfecta entre el emperador y el Gefe de la Iglesia, llegaron por fin

(1) Bullar. t. 1. Eug. IV, Constit. 27.

á Roma, cuando ya no le quedaba á Eugenio mas tiempo que el preciso para consumar esta grande obra. El mismo dia en que hicieron sus proposiciones, despues de haberlas oído el Papa, tuvo que meterse en cama de la que ya no habia de salir sino para ser conducido al sepulcro. Eneas Silvio, que llevaba la palabra, como el mas hábil en manejarla entre los agentes imperiales, dijo que el cuerpo germánico presentaba la paz; pero que iba tambien á buscarla, y que dependia de algunos articulos, cuya concesion era la única cosa que podia curar los corazones ulcerados de aquella nacion, y fijarlos sólidamente en la unidad. Además del restablecimiento de los arzobispos depuestos de Colonia y Tréveris, se pedian tres cosas: primera, congregar un concilio general, en el tiempo y lugar que se designasen; segunda, reconocer la autoridad y la preeminencia de los concilios generales; y tercera, librar á la iglesia de Alemania de las cargas onerosas de que se quejaba. Impedido el Papa con motivo de su enfermedad, autorizó á los cardenales para que tratasen en su nombre, y habiéndole hecho relacion de los pactos proyectados, lo aprobó todo en general, y dió órden para que se espidiesen las letras competentes, despues de lo cual fueron introducidos los embajadores al cuarto del enfermo, le prestaron la debida sumision, y le prometieron obediencia en nombre de sus principales. Eneas Silvio, á quien dió Eugenio la comision de formar la bula, y que de secretario del emperador pasó así á serlo del Papa despues de haberlo sido del antipapa Félix, entregó inmediatamente este documento á los embajadores (1).

En él se ve que lo que mas interesaba á los alemanes no era la celebracion de un nuevo concilio, ni la potestad ó preeminencia

de los concilios en general. La bula se dirige especialmente á la distribucion de los beneficios, á la jurisdiccion de los obispos, á los derechos de los príncipes, á las anatas y á las contribuciones comunes: sobre lo cual concede ó confirma muchos privilegios á la nacion germánica; absuelve á todos aquellos que se habian adherido al concilio de Basilea despues de su rompimiento, con tal que vuelvan á la unidad de la Iglesia, y los restablece en sus dignidades, officios y beneficios. Así por medio de estas concesiones ó confirmaciones, sin entrar en ningun altercado sobre lo que podia perjudicar á la reconciliacion perfecta, se consideró recíprocamente el convenio como invariable, y no se trató mas que de dar gracias y de entregarse al regocijo extraordinario que causó en toda la estension de Roma este fausto suceso (1447).

Es de creer que los príncipes alemanes, los cuales procedian de acuerdo con los franceses y los habian admitido en sus asambleas, cedieron en órden á los articulos mas contrarios á los derechos del Romano Pontífice, en fuerza de los consejos moderados y de los prudentes temperamentos de la corte de Francia. El rey Carlos VII, animado del celo mas ardiente por el restablecimiento de la unidad católica, hizo un proyecto de convenio que resuelva todas las preocupaciones nacionales y las diferencias mas difíciles de conciliar. No se trataba en él de convocar un nuevo concilio, ni aun de confesar espresamente la autoridad del concilio ecuménico sobre el Papa por mas que se hubiese decidido este artículo en Basilea y en Constanza para tiempo de cisma. Solo se podia que los procedimientos y censuras de los dos partidos se considerasen como si no hubiesen tenido efecto; que Amadeo de Saboya, llamado Felix V, ocupase en la Iglesia el puesto mas elevado despues del Sumo Pontífice, y que se les conservasen á

(1) Cochl. hist. Huss. l. 9; Pio II. Comm. l. 1. B. del G., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIÁSTICA.—Tomo IV.

sus partidarios sus oficios y dignidades: por cuyo medio debía renunciar Felix el Pontificado, y ser reconocido Eugenio en todas partes por único y verdadero Papa (1). Este plan, dispuesto en Tours á fines del año 1446, y enviado en primer lugar á los Padres de Basilea, no llegó á Roma hasta despues de la muerte de Eugenio IV, acaecida á 23 de febrero del año siguiente, décimo-sesto de su Pontificado y sesenta y cuatro de su edad.

Luego que se supo que estaba en peligro la vida del Papa, acudió sin ser llamado el santo arzobispo de Florencia para administrarle los últimos auxilios de la Iglesia. Eugenio, que á ejemplo de todos los grandes fué el último á quien se dió noticia de las pocas horas de vida que le quedaban, manifestó al principio mucha sorpresa; pero revistiéndose inmediatamente de la firmeza de ánimo y de los grandes sentimientos de religion que habia tenido toda su vida, reunió en su cuarto todos los cardenales que se hallaban en Roma, á fin de proveer, en cuanto le fuese posible, al bien de la Iglesia. En su largo Pontificado habian recibido todos el capelo de su mano, á escepcion de uno solo. Los exhortó paternalmente á la concordia y á la union fraterna, á ejemplo de Jesucristo, que antes de entregarse á la muerte dió su paz á sus discípulos como la herencia mas preciosa: les suplicó por cuanto hay mas sagrado que estableciesen como santa unanimidad un digno Vicario del Pastor eterno: que en esta eleccion prefiriesen á todo interés particular el bien público, la gloria de la Iglesia, el servicio de Dios; y sobre todo, que eligiesen una persona á quien el espíritu de caridad y de moderacion de que tanto necesitaba el Papa en aquellas circunstancias, le hiciese bien quisto con todo el mundo. «¡Ojalá me perdone Dios,

(1) J. Chart. p. 129; Spicil. t. 4, p. 321.

añadió (1), las faltas que he podido cometer en la administracion de esta dignidad formidable! Confieso que han sucedido muchas cosas sensibles para la Santa Sede, mientras la he ocupado, pero mis intenciones fueron siempre rectas; y mi consuelo en este momento terrible consiste en que la Divina misericordia atiende mas á la buena voluntad que al resultado de las empresas humanas. Sin duda me habia yo complacido mucho en verme elevado á las grandezas que ahora huyen de mí como una sombra, y el Señor me ha enviado contratiempos para darme á entender la inestabilidad de las cosas humanas.» Eugenio, muy elocuente en este punto, á lo menos en aquella última hora, esclamaba delante de todos: «¡Oh Gabriel (asi se llamaba), oh Gabriel, cuánto mejor seria para tí no haber sido jamás Papa, cardenal ni obispo, sino acabar tus dias como los habias empezado, cumpliendo pacíficamente en tu monasterio con los ejercicios de tu regla (2)!»

Sin embargo, Eugenio fué uno de los Papas mas insignes, aunque de los menos afortunados. Tuvo todas las cualidades que hacen á los grandes dignos de respeto y amor; elevacion de espíritu, firmeza de ánimo, nobleza en las inclinaciones y en los modales, liberalidad y beneficencia, el don de la palabra, el talento de dirigir los negocios, el amor á las letras, sin ser él mismo un gran literato, y lo que era mas apreciable en su dignidad y en su siglo, la discrecion de no mezclarse en las disensiones temporales de los principes. Su vida fué edificante y arreglada, y se mostró este Pontífice sumamente caritativo con los pobres, y muy celoso por la reduccion de las sectas, muchas de las cuales logró reunir al centro de la unidad. Un historiador eclesiástico (3), mas

(1) Platin. in Eugen. IV; Ea. Sylv. Europ. c. 53.

(2) Ampliss. Coll. praef. t. 8, p. 14.

(3) El P. Pabre.

difuso que juicioso, le acusa, en su complacion indigesta, de una ambicion odiosa, y de haber fomentado el cisma con el único designio de conservar su autoridad. Pero no se le hubiera podido echar en cara con mas razon la imprudencia, la pusilanimidad, el abandono de su obligacion, la traicion y aun la prostitucion de la esposa de Jesucristo, si por condescender con el atrevido de ocho obispos y de una turba confusa de clérigos, disfrazados de sucesores de los Apóstoles, hubiese bajado de la Silla apostólica para elevar á ella á un intruso manifesto? Eugenio IV era naturalmente tan modesto, que al verle en público, se le hubiera tenido, dice un escritor contemporáneo (1), por una doncella tímida que no se atrevia á levantar los ojos del suelo. Sin embargo, es digno de notarse que se le ha alabado y vituperado con exceso; suerte común á todos los grandes, aun en situaciones mucho menos críticas.

Diez dias despues del funeral del Papa difunto, se abrió el conclave, segun costumbre, y entraron en él diez y ocho cardenales. Al principio todos creian que habia de ser su sucesor el piadoso y sábio cardenal Próspero Colonna, si no fuese una cosa de hecho, recibida ya como proverbio, que el que entra Papa en el conclave sale cardenal. Al cabo de varios escrutinios en que tuvo siempre Colonna el mayor número de votos, aunque sin llegar á las dos terceras partes, vio que sus esperanzas pasaban de repente á Tomás de Sarzana, que habia sido cartujo, y era entonces cardenal obispo de Bolonia, el cual mostró quedar admirado de su fortuna, y quiso escusarse de admitirla, diciendo que era indigno de un puesto tan elevado. No obstante, refiere Eneas Silvio dos sueños proféticos, uno en que el emperador Federico III vió que le coronaba Tomás cinco

(1) Voltaire, t. 22, p. 177.

años antes de su eleccion, y otro en que el mismo Tomás vió á Eugenio IV la vispera de su muerte desnudarse de sus ornamentos pontificales para ponérselos á él (1). Algunos observadores no menos minuciosos advirtieron también que en el conclave, cuando los demás cardenales habian colgar de verde ó de morado sus celdillas ó aposentos, quiso el cardenal de Sarzana que la suya se colgase de blanco. Sea lo que quiera de estas observaciones, lo cierto es que el cardenal de Sarzana, hombre de poco influjo en el Sacro Colegio, reunió en su persona las dos terceras partes de los votos, y se le suplicó encarecidamente que no mirase con indiferencia las necesidades de la Iglesia, empeñándose en rehusar la dignidad para que era elegido. Prestó su consentimiento, y fué creado Papa á 6 de marzo del año 1447, vispera de Santo Tomás de Aquino, cuyo nombre llevaba, tomando luego el de Nicolás V en memoria del santo cardenal Nicolás Albergati, del cual se dice también que le pronosticó que seria Papa. Era de tan baja estraccion, que su madre Andrea, aunque casada con un médico, habia vendido públicamente huevos y aves, segun dice Fregoso (2). Pero su piedad y su profunda instruccion en todo género de ciencias y de conocimientos le habian adquirido tanta estimacion y tan alto concepto, que en menos de diez y seis meses le proporcionaron el obispado de Bolonia, el capelo y la tiara. Su dulzura y modestia, tan necesarias á un Papa en las circunstancias en que él se hallaba, sobresalian entre todas las demas virtudes de que estaba adornado.

Despues de su eleccion, reunió el emperador Federico el día 20 de julio del mismo año en el país de Maguncia á los principes de Alemania, así eclesiásticos como seculares

(1) Comment. Pii II.

(2) Dict. et Fact. Mem. t. 3, c. 4.